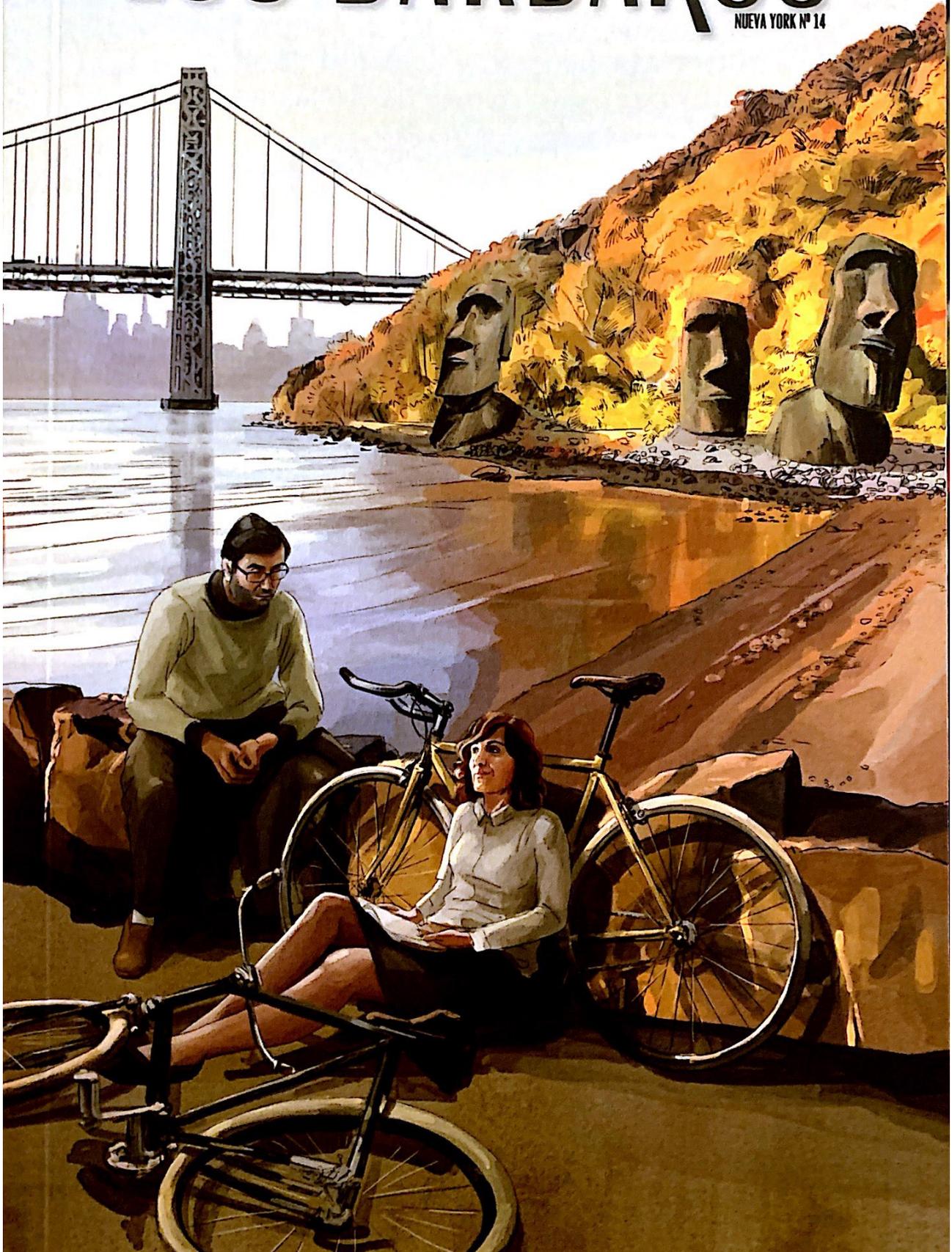


INSTANTÁNEAS NEYORQUINAS

LOS BÁRBAROS

NUEVA YORK Nº 14



DOS EN QUEENS

Guillermo Severiche



Queens Boulevard

• Cuál es mi ángel? ¿Dónde está? Siempre he pensado que duerme conmigo y me mira. O quizás es un desconocido, de los que no ves más en tu vida. Una suma de todos. Quizás yo soy un ángel. Y no vuelo. No me gusta. Yo miro. Callado, sorbiendo un café y sigo. Y miro. Esto está bueno porque me hace creer que el suelo, los túneles, las piedras atoradas unas sobre otras son imposturas de un paraíso si real, continuo, hecho entre nosotros. Me hace creer que esta avenida, los autos, los ancianos que entran a hacerse la diálisis o los incógnitos de los moteles son seres angelicales, vehículos celestiales. Pero también llego a pensar que no. Sólo estamos nosotros. Nadie más. Ni arriba ni adentro. ¿Seré yo mi propio ángel? Yo me miro hasta cuando dejo de cuidarme. Y me veo caer, doler, llorar, caminar con soltura de borracho, todo creído hasta chocarme y vomitar. Me miro y pierdo plumas. No las vuelvo a ver más. Desaparecen. Tengo que ser mi ángel para poder ver mis piernas como una elongación de

esa idea infante de que hay un orden superior que le da sentido a las cosas: a este dolor de panza, las pérdidas, las intensidades de una noche y una cama. Sí. Soy un ángel. Sin nada que se muestre como tal, porque en el fondo no quiero volar, sólo observar la maravilla del movimiento que hace de este lugar algo sagrado: dormir, despertar, abrir la boca para meterse la tostada y después soparla otra vez en el café: el sentido último que sale con el sol asomándose por los cuadros de mi ventana.

*

Roosevelt Avenue

Pocas cosas me permiten encontrar un pasaje entre la tierra de ahora, donde pongo las zapatillas, y esa otra ilusión que es el paso del tiempo, y con él los lugares y las personas. Y son cosas tangibles: como un tomate cortado en cubos, puesto en la olla con poca sal y orégano con otras verduras —cebollas, pimientos— y presas de pollo marinadas en limón. Todo picante. Jugoso. Servido sobre arroz blanco, como lo hacía mi madre los domingos de lluvia. Chuño y zanahoria con maní en un costado. Llajua, en un platito. Pero estas cosas son también objetos de gran misterio. Objetos murientes. Un tomate. O unos juguetes pendiendo de algún broche en el frente de esa tienda de regalos sobre la avenida a la salida del tren: se disponen así como lo hacen en mi ciudad, al soplo del viento y el pasar de las personas. Me detengo justo cuando los trenes se alejan y el murmullo de la gente se eleva y me veo en otro lugar, junto a otras personas, otro tiempo. Estos objetos son la clave que puede conducir a un pasado atrapado en la cotidianidad o arropado por lo que creemos que es la realidad del despertar y salir al trabajo. O también, creo, un futuro que mira atrás; un objeto que será la solución, la trampa. El silencio de alguien que ya no está más, pero aún se sostiene en la idea de un mañana, en la calidez (o el terror)

de los años por venir. Esa misma muñeca, o esa berenjena de forma divertida traen o traerán puestos de tiempos: una línea muerta atada al olvido que nos invita la salida del sol, la noche de peso, un par de estrellas. Y es absoluta. Muerte completa. Aunque convirtamos a los objetos en túneles de una historia que pasa con los días y las personas que conocemos y dejamos de ver. Cosas como pasadizos hacia una sensación que se pierde pero soslaya, allá abajo, adentro, más allá de la piel o la consciencia diurna; esa otra dimensión que se respira bajo el manto de los órganos y los cabellos; regresa. Un tiempo hecho carne. Regresa. Sucumbe y regresa. Y así. Repite el proceso hasta ver cómo la misma carne también muere.